

Ordenación de Diáconos

Parroquia San Benito Abad

11 de marzo de 2016

Queridos hermanos en Cristo Jesús:

Estos hijos nuestros, Martín, Pedro y Tomás, acompañados por sus familiares y amigos, serán ahora promovidos al Orden del Diaconado. Consideremos el servicio al cual son llamados a desempeñar en la Iglesia.

Al acceder libremente al Diaconado, al igual que aquellos varones elegidos por los Apóstoles para el ministerio de la caridad, también ustedes deben dar testimonio del bien, llenos del Espíritu Santo y del gusto por las cosas de Dios.

El don del Espíritu Santo los fortalecerá para que ayuden al Obispo y a su presbiterio, anunciando la Palabra de Dios, actuando como ministros del altar y atendiendo las obras de misericordia, como servidores de todos los hombres, en especial de los marginados, y entre ellos, los más pobres: los enfermos. Como ministros del altar, proclamarán el Evangelio, prepararán el sacramento de la Eucaristía, y repartirán el Cuerpo y la Sangre del Señor a los fieles.

Ejercerán su ministerio, observando el celibato. Será para ustedes símbolo y, al mismo tiempo, estímulo del amor pastoral y fuente de fecundidad apostólica en el mundo.

De acuerdo con el mandato recibido del Obispo, se sumarán alegremente a la evangelización y se acercarán a los que no creen para anunciarles la Buena Noticia de la salvación y catequizarán a los creyentes con las enseñanzas del Evangelio. También podrán dirigir las celebraciones litúrgicas, administrar el Bautismo, autorizar y bendecir los matrimonios, llevar el viático a los moribundos y presidir las exequias.

Consagrados por la imposición de las manos, practicada desde los tiempos apostólicos, y dedicados al servicio del altar, cumplirán el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco.

Con la ayuda de Dios, deberán obrar de tal manera que la gente los vea como discípulos de Aquel que no vino a ser servido sino a servir. En su condición de Diáconos, es decir, como ministros de Jesucristo, que se comportó como servidor de sus discípulos, cumplan de todo corazón la voluntad de Dios, sirviendo con amor y con alegría al Señor y a los hombres. Como nadie puede servir a dos señores, mantengan el corazón puro de toda mezquindad, egoísmo y pereza.

Manténganse libres de toda avaricia para poder ver en toda persona a su prójimo. Compórtense como testigos del bien y de la verdad, que provienen del Espíritu Santo Don, a semejanza de aquellos siete varones que eligieron los apóstoles para ejercer el ministerio de la caridad.

Que la fe y la intimidad divina en la oración sea el cimiento en el que se asiente la vida de ustedes, y que su testimonio sea auténtico, delante de Dios y de los hombres, como corresponde a los ministros ordenados de Cristo, dispensadores de los misterios de Dios.

Nunca pierdan la esperanza que proviene del Evangelio, al cual no solo deben escucharlo, sino también vivirlo y servirlo.

Conserven el misterio de la fe con pureza de alma. Que la lectura orante de la Palabra de Dios los anime a proclamar lo contemplado y a practicar en su vida lo que anunciarán a sus hermanos.

«El pueblo cristiano, tiene derecho de encontrar las huellas de quienes han visto al Señor (cf. *Jn* 20,25), de sus diácono que han estado con Él. Si nuestra mirada no testimonia haber visto a Jesús, entonces las palabras que enseñamos y predicamos de Él, resultan figuras retóricas y vacías» (cfr. Papa Francisco, 13 de febrero, 2016).

Que el corazón de ustedes sea capaz de constante compasión, como la del Buen Samaritano que hoy nos recordó la Palabra. Las actitudes de la parábola bien pueden ser un programa para el ejercicio del ministerio que les confía la Iglesia: no pasar de largo ante el caído; bajarse del caballo para acercarse a los necesitados; vendar las heridas con el bálsamo del consuelo y aliviar la impotencia de los que se sienten golpeados; ofrecer el tiempo y acompañar al que sufre, aun velando la noche entera, y si es necesario, poner los medios para que –como nos relata la parábola–, el servicio sea completo.

No teman perder tiempo con los pobres, porque enseña San León Magno: «El acto de piedad más agradable a Dios es precisamente este dispendio en favor de los pobres, ya que en esta solicitud misericordiosa reconoce él la imagen de su propia bondad».

Las 14 obras de Misericordia que acompañan la misión, corona y gloria de la vida de la Iglesia en todos los tiempos, están en sus manos. No se priven del gozo de imitar a los primeros Diáconos de la Iglesia, que por su servicio hoy los veneramos como santos.

Que sean felices con el Don que hoy reciben, y así puedan salir al encuentro del Señor, al fin de los tiempos, para escuchar de sus labios: «Bien, servidor bueno y fiel, entra a participar del gozo de tu Señor».

✠Mario Aurelio Cardenal Poli